

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 7 DE NOVIEMBRE DE 1920

NUM. 19.270

VISIONES CASTELLANAS, POR E. BRAÑEZ



EL PUENTE DE LOS FANTASMAS, EN UNA ALDEA DE BURGOS

Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS ESPAÑOLES

LA MILAGROSA

La vista de aquella mujer sola, vestida de blanco, en un paseo público, atraído mas miradas y fué como una apelación apremiante a mi desorientada ternura de hombre sin novia. Tenía la mujer entornados los ojos, y protegido por aquella penumbra de su mirada—si los hubiera tenido abiertos nunca me hubiera atrevido, porque una mujer sentada y con los ojos abiertos es una cosa terrible—me acerqué a ella y tomé asiento a su lado. Al sentirme junto a ella, la mujer se sobresaltó y abrió los ojos, unos ojos azules que parecían llenos del rocío azul de la noche de verano. Abrió los ojos, me miró y sonrió. Yo, animado por aquella sonrisa, le pregunté:

—¿La ha despertado acaso? Usted perdóne.

Ella me miró profunda y serenamente con una inefable seguridad, y me dijo:

—No, no dormía; yo no duermo así tan fácilmente.

Sin saber por qué, me impresionaron aquellas palabras, pues había hablado con la absoluta seguridad con que hubiera podido hacerlo una de esas estatuas que vigilan umbrales. Pero pensé: será una de esas mujeres que, solas en sus lechos, se desvelan en estas noches de estío, y hartas de medir con sus cuerpos la anchura excesiva de un lecho de viuda o de virgen, recógense las trenzas y se lanzan a las calles en busca del beso del aire romántico de la noche. Una mujer así, que hubiese abandonado el lecho aprisa, parecía ella. Vestía una bata clara, mal ceñida; llevaba los cabellos apenas recogidos sobre la coronilla, como un penacho, y su cara tenía una expresión incomprensible de mujer desvelada, de mujer que aguarda algo y se desespera aun en una noche demasiado breve.

—Sí—la dije siguiendo su pensamiento—, en estas noches de verano a veces es imposible dormir.

Ella me miró con sus ojos terriblemente serenos.

—No—me dijo con una voz sarcástica y como recelosa—, yo no duermo nunca, ¿sabe usted? Nunca, como no sea por sorpresa. ¿Qué más quisieran ustedes sino que me durmiera?

Y prorrumpió en una carcajada.

—¿Nosotros?—le dije—. ¿Cree usted que yo deseo que se duerma? ¿Para qué había de desearlo? Prefiero, por el contrario, verla despierta, para poder hablar con usted, yo que tampoco me duermo fácilmente, sobre todo en estas noches de verano tan nupcialmente iluminadas.

Ella tornó a mirarme profundamente, con ojos recelosos. Estuvo un momento callada, contemplándose. Mas sin duda debió de tranquilizarse la expresión de errante ternura de mis ojos, porque, acercándose más a mí, me dijo con el tono de una confianza suprema:

—No, usted no desea que yo me duerma; usted no es como ellos, usted es bueno, es demasiado joven y tiene unos ojos a los cuales se asoma el amor. Pero ellos sí, ellos desean que yo me duerma, están esperando que yo me duerma, ¿sabe usted para qué? Para despedazarme, para hacerme trocitos y diseminarlos por ahí, de modo que no puedan volver a reunirse... Ellos están interesados en matarme, porque son unas almas negras que aman las tinieblas, y yo soy la luz, la luz eterna que nadie podrá apagar nunca... ¿comprende?

El asombro con que yo la escuchaba

pareció halagarla, y acercando más al mío su cuerpo juvenil, que yo sentía codiciable bajo la leve tela, siguió diciendo:

—Sí, yo soy la milagrosa, la luz; soy lo blanco, ¿no ves mi traje?—me tuteaba ya en su exaltación lírica—; y ellos son las tinieblas... Por eso me odian y quieren matarme. Mas no podrán conseguirlo, en tanto yo tenga los ojos abiertos. Sólo en mi sueño podrían darme muerte... Y aun así...—hizo una pausa y pareció superar un recuerdo doloroso—.

Más de una vez, no obstante mis esfuerzos, me dejé vencer del sueño, y cerré mis párpados seducida por la dulzura de dormir. ¡Es tan dulce dormir! Pero en seguida ellos se arrojaron sobre mí y me hundieron en las carnes puñales y cuchillos, y me desuartizaron como a ese niño pequeño que las madres ilegítimas quieren hacer desaparecer, y arrojaron los pedazos de mi cuerpo a las letrinas y a los ríos... Y yo, despertada con el sobresalto de sentirme asesinar, no encontraba mi cabeza ni mis brazos... ¡Oh, angustia! ¡No puedes figurarte mi angustia, jovencito! ¿Adónde habían ido a parar los pedazos de mi cuerpo? ¿Có-

mo podría reunirlos? Y ellos reían, pensando que ya nunca más sería día, sino noche eterna, y podrían impunemente entregarse a sus crímenes, a sus robos y sus violaciones... Pero no bien despertaba yo, aun descuartizada, al punto los ponía en fuga, y gracias a eso podía buscar los pedazos de mi cuerpo destrozado como los de un niño al que se arroja a la alcantarilla... Y de nuevo se unían mis pedazos y volvía yo a ser íntegra como ahora lo soy, sin señal alguna de cicatriz ni de soldadura. ¡Mira!

Y me enseñaba unos brazos juveniles y morbidos, pero no intactos, sino marcados por tristes verdugones, como lacerados en lucha. Y aquellas equimosis moradas, en los blancos brazos, me infundían una gran piedad, al mismo tiempo que un gran susto. ¿De qué manicomio había llegado escapada hasta aquel banco la mujer que en esta noche moderna me recitaba el mito del dios despedazado que conocen casi todas las mitologías y aun las teologías antiguas? ¿Por qué raro proceso aquella mujer que no dormía llegó a creerse la personificación de la luz eterna e indestructible, en vano combatida por todos los genios de la sombra? Y más que toda otra cosa, junto a la mujer joven, el pavor de escuchar aquella voz milenaria me sobrecogia. Ella siguió diciendo:

—Puedo reunir siempre que quiera mis miembros dispersos; pero me cues-

ta mucho trabajo. Quedo rendida para mucho tiempo. Y además, corro el peligro de despertarme demasiado tarde, ¿sabes? Porque ya habrás comprendido que yo soy la que hace surgir la mañana. Sí, yo soy quien hace surgir la mañana—repitió cada vez más exaltada—. Ahora es de noche, porque yo, como ves, fatigada de haber alumbrado durante el día, me siento y descanso, ellos están ahí y me rodean de sombras, pero yo no dejo de mirarlos, y los contengo. De cuando en cuando, para que me oigan, doy un grito—«¡Aquí estoy!»— y mira, como ahora, se aclaran las tinieblas y se hace más denso el azul. ¿No notas? Mira cómo por el Oriente se prolonga el azul de mi mirada. Sí, va a amanecer, jovencito; siento que mis párpados se tornan ligeros como alas; que el vello de mi nuca se estremece. Va a amanecer. Tampoco esta noche han podido vencerme. ¡Mira, jovencito, mira! ¡Voy a amanecer para ti! ¡Voy a iluminar para ti el cielo; voy a florecer árboles para ti! Porque yo soy también, además de la luz, la primavera, y quien abre las flores, desde la violeta que florece primero hasta el nardo que perfuma las manos de octubre, y quien colma los cauces de los ríos y suelta los pájaros que cantan en las arboledas... y sazón los frutos... Yo soy, jovencito, la causa de toda abundancia y de toda alegría..., porque, ¿no has notado que yo soy el amor?

Dijo aquello mirándose profundamente, con una ternura conmovedora y grotesca. Yo la miraba también asombrado, atónito de ver el misterio que puede ser en la noche una mujer sentada en un banco público; y mi silencio halagaba a la taumaturga como a una adoración.

—Mira—me dijo—, tienes cara de bueno; parece que tú también has sufrido por culpa de ellos, y quiero demostrarte mis poderes. Voy a hacer que amanezca por ti, y que estos árboles se cubran de flores, y que los pájaros se pongan a cantar... ¡Atiende!...

Púsose en pie, larga y desgarbada, sobre el banco. Entonces pude ver bien, sobre aquella peana humilde, su aire de enfermedad y de abandono: llevaba los pies entrapados y la bata llena de fango seco. Tenía un aspecto lamentable de mendiga, y su cara se había dorado en la intemperie. Pero majestuosa, sin embargo, como si vistiese una túnica imperial, sonriendo con petulantia, como si fuese un hada omnipotente, alzó los brazos—¡oportuno adivinó— hacia el cielo azulante y, con palabras misteriosas e incoherentes—¿hay siempre algo de farsa aun en toda locura?— dictó órdenes absolutas. Luego se volvió hacia mí, sonriendo, satisfecha y triunfante:

—¿Ves?—me dijo.

Y me mostraba el cielo ya más claro. Amanecía, en efecto. Prevalecía lo azul sobre lo negro, a nuestro alrededor; y al mismo tiempo, cubríanse los árboles de flores, hasta entonces invisibles, haciendo la impresión de un florecer súbito, y empezaban también a piar los gorriónes en la ausencia de todo ruiseñor.

—¿Ves?—me decía ella, con un gesto triunfal y amoroso, como si me brindase aquel milagro, decoración para un epitalamio matinal, en el que nos ofreceríamos las pomos húmedas de rocío del Cantar de los Cantares.

Pero a medida que iba amaneciendo en torno a la milagrosa, y todo recordaba una juventud matinal, ella envejecida, se llenaba de arrugas, hasta entonces invisibles, y, como en la caída de un atifaz benigno, toda su lamentable fealdad se me revelaba, destruyendo, irremediablemente, toda mi ilusión con su adverso milagro.

VERSOS DEL CAMINO

La novia castellana

A las llanuras de Castilla
vengo buscando esposa;
quiero que sea tan sencilla
y liberal como hacendosa.

Quiero que tenga por amigos
al humilde y al pobre,
y que de sus dorados trigos
les dé algo más de lo que sobre.

Que cuando alguno se aproxime,
limosneando, a su casa,
uvas le dé, si uvas exprime,
y le dé pan, si pan amasa.

Quiero que sepa la doctrina
y lleve escapulario,
y que de noche, en la cocina,
tras de cenar, rece el rosario.

Que el señor cura de la aldea
la ponga como ejemplo,
si alguna tarde sermonea
a su parroquia desde el templo.

Quiero que mire sus sembrados
de modo que la obliguen
a sonreír, si están granados,
y a no llorar, cuando no espiguen.

Que siempre mire su cosecha
como algo que da el cielo,

más que a la mano que barbecha
a la materna fe del suelo.

Quiero que toda la comarca
envidie mi ventura
cuando el amor saque del arca
la ropa—afán, ahorro y blanca—.

Que lleve un traje muy sencillo,
el traje castellano,
que huelva a espliego y a tomillo
y a madrevelva y a manzano.

Quiero que sean sus cariños
puros y maternos,
y del candor de nuestros niños
me dé las risas musicales.

Que vea en ellos un tesoro
para nuestras pobreza,
cuando se vistan con el oro
del sol de estío sus cabezas.

Quiero que nunca esté llorosa
y siempre esté tranquila;
que sea limpia, como rosa,
y placentera, como esquila.

Que ardan sus ojos en amores
y no en torpes anhelos,
y encienda todos sus fulgores
en los fulgores de los cielos...

Elegía del amanecer

En el cristal de la mañana
tiembla el primer rayo de sol
como una roja flecha hundida
en un naciente corazón.

La luz, cayendo sobre el valle,
tiene el fríasimo compás
de un corazón que, gota a gota,
toda su sangre dando va.

Vuelan los pájaros al cielo
con el alado frenesí
de un corazón que deja libres
sus infortunios al morir...

Doblan a misa las campanas,
y hay en su místico clamor
ese piadoso llamamiento
que hace la muerte al corazón.

Cruza la vega una aldeana
llena de sombra y de acustez,
y el corazón recuerda el rastro
que en él dejara una mujer.

Se abre el capullo de una rosa
al rojo beso de la luz,
y el corazón se abre al silencio,
que es, como el cielo, siempre azul.

De lo escondido de una fuente
brotan las aguas en raudal
para advertirnos de qué modo
el corazón ha de llorar...

¡Amanecer! Pájaro, rosa,
mujer, campana, fuente y sol...
¿Por qué venis con tal misterio
a hablarme siempre al corazón?...

Marciano ZURITA

R. CANSINOS-ASSENS

LAS ÉGLOGAS DE HERMOSO



Es primavera. Una primavera espiri-
tual que subsiste cuando los árboles
se desnudan de sus hojas arrebatadas
por el viento de otoño. El cielo sereno,
de un azul claro, limpio, se copia cris-
talinamente en el agua de los regatos
y con lacrimosa ternura en los ojos de
las vacas. Los colores de la tierra son
placenteros a la mirada de los hombres;
el rosa pálido, el violeta, el verde jugo-
so se funen en un tono de suave opti-
mismo. Apenas si una nube navega, en
apretado haz el vellón de sus celestes
corderos, por las rispeñas praderas azu-
les. Todo está en silencio. Tan sólo se
escucha, quizás, el canto insistente de
un grillo. De pronto se oye en la vaste-
dad del campo un
grito moceril, agu-
do y fresco.

¿Se puede pintar
ese grito?

Nosotros no sa-
hemos nada del
arte de la pintura.
Ignoramos la
facilidad con que
un elegido de Apo-
lo reproduce, mer-
ced a facultades
maravillosas, los
armoniosos contor-
nos que la Natu-
raleza ofrece a la
contemplación de
los mortales; no se
nos alcanza la mis-
teriosa virtud, gra-
cias a la cual com-
pónense los diver-
sos colores en una
visión pareja de la
que el iris reparte
por el universo;
academias, empas-
tes, veladuras, son
voces desprovistas
de sentido para
nuestra compren-
sión, limitada al
simple placer de
los ojos. Sólo sa-
hemos que una ma-
ñana de mayo o
una tarde de octu-
bre, al escuchar
ese grito alegre y
moceril perdido en
la paz del campo,
como un humo en
el horizonte, hemos
sentido una emo-
ción inconfundible e insospechada. La
misma emoción que ha despertado en
nuestro ánimo, entre el olor a barniz y
el vaivén del vulgo de una *exposición*
de Bellas Artes, la vista de un cuadro
de Eugenio Hermoso.

¿Qué idea del campo tenemos los habi-
tuales visitantes de una exposición? Los
que hemos nacido en la ciudad, en la
capital, ¿qué sabemos del campo? De ni-
ños hemos ido a jugar a parques y jar-
dines, y en verano, acaso, hemos gozado
de la libertad campestre. ¿Es aquí el
bucólico campo de las fábulas, donde los
hombres son, como el aire, más puros?
No; las fábulas mienten. La vida de los
pastores no es tan grata como cantar los
versos. Las zagalas tienen bastante que
envidiar a las princesas. Las fábulas na-
da dicen del dolor de los campesinos; an-
tes bien, alaban y ensalzan su gustosa
ignorancia de los placeres cortesanos.
Cuando en los años de juventud el cam-

po ya no nos sirve para correr y triscar
como de chicos, invádenos el alma la me-
lancolía de tanta soledad.

Y he aquí que de nuevo—oh, virtud de
la sana poesía—un pintor nos descubre
el mundo de égloga que las fábulas men-
tían. No es que vista de raso a las pás-
toras lindas ni con zapatos Luis XV cal-
ce sus piecitos hechos para correr por
praderas mullicias de un jardín disfrazado
de bosque. La gracia está precisamen-
te en el contraste de tanta inocencia co-
mo retratan sus cuadros en medio de la
livianidad ciudadana.

Las muchachitas van por agua a la
fuente. El aire se puebla de su cantar
arisco; su charla varlera se confunde con

de se apretujan las ovejas—petrificado
mar de albos vellones, en el que apenas
si sobresale la cabeza de un morueco—,
se produce, al acercarse el zagal, un tem-
blor de esquilas. Luego llega el pastor
batiendo reciamente los zapatones en los
guijarros del corral, y el rebaño se con-
tagia de balidos. El zagal abre la puerta
que da al campo, sujetándola, porque no
pasen las ovejas sino una a una, en tanto
el rabadán las cuenta. Y el rebaño
compacto la emprende trocha adelante,
camino de los rastrojos apetecibles. De
cuando en cuando el zagal se adiestra
en tirar piedras con la honda. O bien
cortá buenas varas de mimbre con que
entretejer canastos y cestillos. Al caer el

lante, se ha hecho tan milagrosamente
pesada la Madre de Dios, que fuerzas hu-
manas no eran capaces de levantarla en
andas. Nadie lo ha visto. Pero todos lo
creen. Este pueblo no le disputa a nin-
gún otro la cuna de Santo Tomás. Des-
pués de la misa, las gentes, sentadas en
la hierba, beben y comen. Toda la tarde,
hasta ponerse el Sol y más, resuenan
dulzaina y tamboril y bailan en rueda
mozas y mozos. Ellas guardan ruborosos
compostura, meneándose con gracia al
compás de la danza, fijos los ojos en los
pies de la pareja que multiplica las gar-
bosas piruetas y hasta les levanta las sa-
yas picarescamente dos palmos del sue-
lo al dar la vuelta de tacón.

De vuelta de la
romería, hay una
moza más conten-
ta que todas las
demás. Tiene las
mejillas encendi-
das de tanto bañ-
lar y de haber es-
cuchado el galan-
teo de un mozo
que, cuando vuel-
va del servicio, se
casará con ella. La
moza inclina la
cabeza a un lado,
amorosamente re-
costada en sus pro-
pios pensamientos.
Los ojos se le ríen
tan tiernamente
que parece que van
a romper a llorar.
Tiene las manos
cruzaadas sobre el
delantal.

Los hombres de
ciudad nos goza-
mos en contemplar
el campo con cier-
ta ingenuidad,
aprendida en un
cetro infantil:

*Arroyo claro,
fuente serena,
quien te lavó el pañuelo
saber quisiera.*

Las mozelas que
pinta Hermoso nos
lavan el pañuelo
de nuestras lágrimas.

Descansada vi-
da, en verdad, la
de esta dulce paz

que se diluye sobre los campos; idílico
encanto el de las aguas murmuradoras
de los regatos; inefable luz la que inunda
los ojos brillantes de las mozas de cántaro.

¿Qué simpático hechizo trasciende de
esas telas pintadas en que la realidad
jornalera se copia? El pintor ha supri-
mido deliberadamente en su paleta aque-
llos sucios colores en que la verdad man-
cha la visión inocente del mundo. No
se complacerá nunca en que el especta-
dor perciba con los ojos el agrio tufo del
estercolero, el vaho turbio de la mise-
ria que entristece la vida. Parece como
si la virtud del propio apellido le im-
pulsara a no descubrirnos en la obra de
Dios, sino aquella parte que por más
placentera a nuestros sentidos corpora-
les vemos atribuida de la perfección, que
no juzgamos cabal en lo que a nuestros
ojos imperfectos repugna.

C. RIVAS CHERIF



La Virgen de los Remedios.

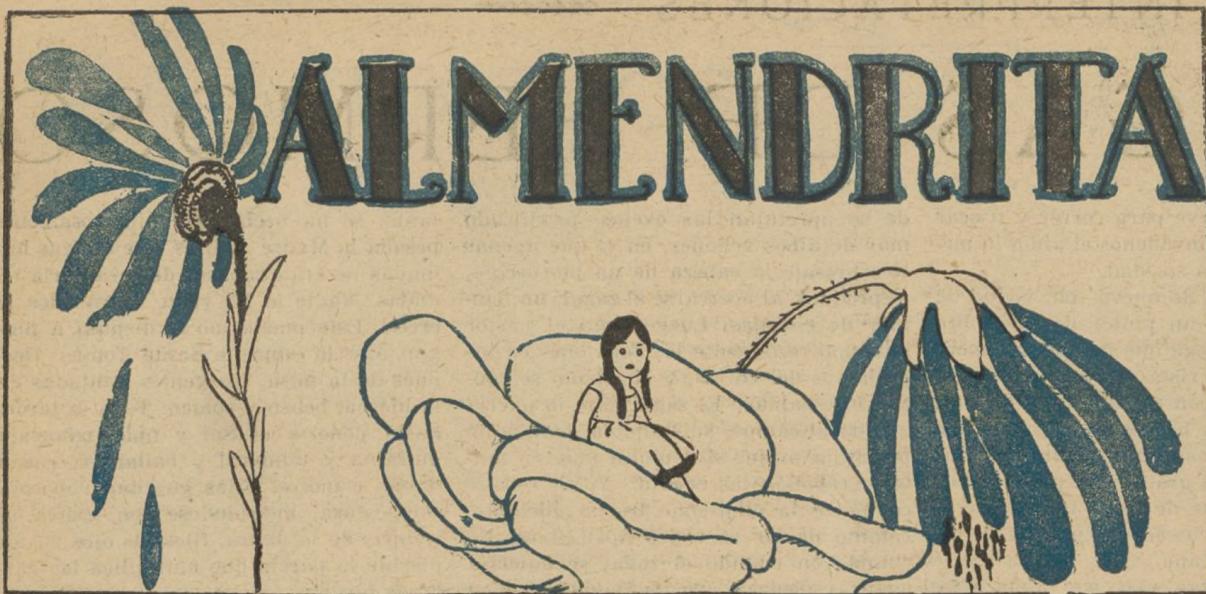
el pio-pío de los gorriones mañaneros.
Risas y retozos alivian la faena. Todas
son menudas, rechonchillas, pizpiretas,
vivos los ojos, tostada la tez. Una entre
todas se ríe más franca, mostrando los
dientes blancos y recios, en fuerza de com-
er pan duro.

Huele a heno, al hálago en la era, a
los hornos donde se cuecen las grandes
hogazas. La clueca, seguida de sus po-
luelos, picotea en las basuras que el Sol
purifica con su luz. La silueta del pue-
blo de adobes y piedra sin labrar recór-
tase en la ladera de un otero. La cam-
pana de la iglesia repica a medio día.

O es el zagalico con un cordero en bra-
zos quien nos muestra la gracia primiti-
va de su oficio. El zagalico se levanta
con el alba de la trébede donde duerme.
Según sale al corral vistiéndose la za-
marra, el perro del rebaño revuélcase a
sus pies o le brinca hasta la cara, salu-
dándole zalamero. En el colgadizo, don-

Sol vuelve al pueblo tras el rebaño, pue-
sta la esperanza en un nido que ha des-
cubierto en la tenada del colgadizo.

A otro día es fiesta. La víspera, por la
tarde, las campanas de la torre han di-
fundido en una legua a la redonda los
ecos de su alegría. Como el señor sacris-
tán no podía voltearlas a la vez todas
cuatro, han subido con él hasta seis mo-
cetes, que desde lo alto se divertían es-
cupiendo a las viejas que pasaban tan
diminutas por el atrio. Cerraça la no-
che, ha habido hoguera en la plaza. Y
a la mañana, el pueblo todo y tantos fo-
rasteros, han ido en carros estrepitosos,
en mulas y borricos, en lucidas pandillas
de a pie, a la pradera de la ermita. Hay
misa mayor, sermón de un fraile de la
ciudad, procesión con rosario cantado;
delante de la Virgen va el pasó del Cris-
to. No sería posible de otro modo. Cuan-
tas veces se ha querido sacar, de anti-
guo, a la Virgen sin su Divino Hijo de-



UN día, una pobre mujer fué en busca de una hechicera del lugar, y le dijo:

—Estoy sola en el mundo. La hija que tenía se me murió, y como soy vieja y viuda no podrán ya nacerme más niños. Si tú sabes hacer milagros, como dicen, dame una niña chiquitina, aunque sea del tamaño de una almendra, para que pueda llevarla conmigo a todas horas sin que se entere nadie. Yo te pagaré lo que me pidas.

—La hechicera le dió entonces un grano de cebada y le dijo:

—Siébralo en la tierra y espera.

Lo sembró en una maceta la pobre mujer y pronto brotó una planta verdicita que fué creciendo poco a poco; la planta dió una flor—una flor azul y blanca, muy parecida al tulipán—y la flor dió, al secarse, una semilla.

Dentro de la semilla estaba dormidita una nena muy blanca, muy rubia, muy rosada, muy bien hechita toda ella. Tenía el tamaño de una almendra, y le pusieron Almendrita.

Tuvo por cuna una cáscara de nuez, muy barnizada y reluciente; unas hojas de violeta por colchones, y por cobertor un pétalo de rosa.

Pasaba la noche allí, durmiendo, y de día correteaba por la mano de la viuda o navegaba en un plato lleno de agua sobre un pétalo de tulipán y con dos pajitas por remos.

Un día, ¡qué desgracia!, entró por la ventana un sapo, feísimo y rechoncho, y al encontrarse con Almendrita durmiendo dentro de la nuez y verla tan monísima, exclamó:

—¡Preciosa mujercita!... ¡Me la llevaré para que se case con mi hijo!...

Y, ¡croac-croac!, se la llevó con nuez y todo.

—Croac-croac—dijo también el sapito cuando la vió; y para que no se le escapara la colocaron sobre una hoja de nenúfar en medio de un estanque, en donde Almendrita se quedó como si estuviera en una isla.

El sapo gordo y el sapito regordete comenzaron a formar una casa para los novios, hecha con cañas, juncos y pétalos de lirio y de nenúfar.

Cuando al despertar se encontró Almendrita sola con tantísima agua alrededor comenzó a llorar toda desconsolada.

Pero el sapo se presentó en seguida con su hijo, y dijo a la mujercita:

—Mira qué novio te preparó. Será un marido excelente, ya verás... ¡Oh, excelente!... Es hijo mío...

Y el hijo dijo:

—Croac-croac—y se fué con su papá tan satisfecho.

Los peces del estanque sacaron la cabeza fuera del agua para ver cómo era aquel prodigio de que les estaba hablando el sapo siempre, y, al ver tan linda y tan afligida a Almendrita, exclamaron todos a un tiempo:

—¡Este encanto de niña no se casa con ese esperpento de sapote! ¡Quia!...

Y para que se pudiera escapar cortaron con los dientes el tallo de la hoja de nenúfar y dejaron libre a Almendrita.

Algo era aquello, y más valía poder huir del sapo que estarse allí sujeta; pero ¿qué hacer en medio del estanque?

Pensó y pensó Almendrita, y al fin se le ocurrió una estratagema: esperó a que se parase una mariposa en el nenúfar y, cogiéndola, la ató al cuerpo un extremo de su cinturón, que era una hebra de seda; ató el otro extremo a la hoja y dejó así que la mariposa la remol-

cara hasta la orilla, donde Almendrita desembarcó, echando a correr a campo traviesa.

Pero en tierra le esperaba otro peligro: un escarabajo saltón se enamoró de Almendrita—no se puede ser guapa en este mundo—, y, cogiéndola por la cintura, ¡el muy conquistador!, se la llevó a la rama de un árbol.

¡Qué susto, allí tan alta!

—¡Dios mío!, ¿qué será de mí?—gemía la infeliz Almendrita.

Por la noche fueron todos los saltones de los alrededores a ver la conquista de su amigo, y a todos les pareció horrorosa.

—¡Pero si no tiene más que dos patas!...

—¡Pero si no puede volar!...

—¡Pero si parece una mujer en pequeño!...

Tanto dijeron que el saltón se convenció de que Almendrita no valía la pena, y la soltó por el bosque para que se fuese donde quisiera.

Almendrita corrió por el bosque buscando un asilo para resguardarse del frío, y se encontró con un agujero, por donde se metió. Era la madriguera de una rata, dueña y señora de una casa magnífica, toda repleta de semillas, granos de trigo, pedazos de madera y de cartón y hasta trozos de queso.

La rata acogió muy amablemente a Almendrita y le dió de comer, porque estaba la pobre muy desfallecida, pues no había probado bocado desde que se la llevó el sapo de su casa.

—Bien, bien... Conmigo tendrás abrigo y alimento—dijo la rata muy solícita—. Aquí estarás muy bien. Tú me barres, me limpias la casa, me cuidas la comida, me cuentas historietas por las noches o me cantas canciones antes de dormir, y lo demás corre de mi cuenta... ¡Ya verás qué bien!... ¡Si eres formalita y como Dios manda, nada te ha de faltar!... y hasta podrás hacer buen matrimonio... Casualmente, un vecino mío, que viene a visitarme muchas tardes, sería un esposo

pintiparado para ti... Es persona formal, de buena posición; un poco entrado en años; pero por eso mismo sensato y sabiendo lo que es mundo. Señor Topo llama... ¿No te has oído nombrar?... Anda mal de la vista el pobre—continuó diciendo la rata—, y no podrá apreciar todo lo linda que eres; pero eso no importa; le gustarás por la voz; tienes una garganta celestial y se quedará entusiasmado cuando te oiga cantar.

El Topo se presentó, efectivamente, aquella tarde con gran levita negra, gafas negras, bastón negro y bisoñé negro, igualmente.

Almendrita complació mucho al señor Topo, cantándole aquello de «La viudita, la viudita...» y «Matarile-rile-rile...».

—No está mal—decía con doctoral gravedad el señor Topo—. No es música seria; pero, vamos...

A la tarde siguiente fueron a la casa del Topo para devolverle la visita. Iba la infeliz Almendrita muy triste, pensando que si no se iba de allí la casarían con el viejo y cegato del Topo, y que si se escapaba moriría de hambre y frío, perdida en el bosque otra vez...

Al entrar en casa del Topo vió Almendrita un pájaro en el suelo; era una golondrina, muerta al parecer.

—Se habrá muerto de frío—dijo la rata, y no hizo caso.

Pero Almendrita se escabulló en cuanto el señor Topo y la rata se pusieron a hablar de sus tiempos, y fue corriendo a socorrer a la golondrina, apretándola mucho contra sí para darle calor y ver si revivía.

Revivió, en efecto; abrió los ojos, movió las alas después y, por último, dejó escapar un pío dulce y tenue.

Al poco rato volaba por los cielos, alegre y chillando.

—¿Quieres venir conmigo?

—No; la rata ha sido buena conmigo y no quiero dejarla.

—Entonces me voy, en busca del verano.

Con lágrimas en los ojos la vió marchar la niña. ¡Nunca podría ir ella tan lejos!... ¡Tendría que vivir siempre en aquella casa, oscura y húmeda!...

Pero no... A la mañana siguiente aguardaban dos sorpresas a Almendrita.

—El señor Topo me ha pedido tu mano—le dijo la rata a la nena.

—Pues yo no quiero dársela—contestó Almendrita.

Al oír aquello y ver el porvenir que le esperaba huyó la niña de casa de la rata, decidida a morir en el bosque antes que verse casada con aquel viejo ridículo.

Estaba sin saber para dónde tirar, acongojada, cuando oyó una voz conocida que le llamaba, cariñosa. Era la golondrina que llegaba en su busca, porque había hecho el nido en casa de la pobre viuda, y al verla tan triste y enterarse del motivo, había determinado ir por Almendrita para llevársela a su casa y salvarla de ese modo, ya que Almendrita la había salvado a ella el día anterior.

Almendrita se subió sobre la golondrina, y la golondrina la llevó, volando, a su casa, donde fué muy feliz y de donde no volvió a salir más hasta que se casó con Pulgarcito.

Por la transcripción de un cuento de Andersen.

EL ABUELO

Dibujos de BARTOLOZZI.



TRIANA

AMANECE en la ciudad de la luz, y Triana surge con los sencillos rasgos de su caserío primitivo.

El color de los cielos pasó del negro al púrpura, del púrpura al cerúleo.

Suenan las campanitas de Santa Ana y de la O, y la mañana viste su casulla

magnífica de azul y oro para alzar solemne la hostia del Sol. En la extensa vega virgiliana cabecean, despabilados, ciruelos y perales, moreras y naranjos, y verdéan, enfiladas, las hortalizas; se abren rosas y orquídeas en los encalados arriates; rebrilla el agua pura de las aceñas; cantan alondras, lúganos y chararices; y en el río, donde Triana está eternamente contemplando su belleza, derrocha la luz toda la variedad pri-

morosa del alba más luciente, del amanecer sevillano, aurora de auroras, porque en Sevilla amanece siempre dos veces.

Triana despierta regocijada y radiante, y la luz, besando los geranios y claveles de las ventanas, se entra hasta las viviendas humildes y desentumece al marino, al ceramista, al hortelano, al cargador, a la operaria...

Negras y densas vaharadas de humo se exhalan de las chimeneas cónicas de los alfares, y en el muelle los barcos se animan con el trajín fresco de la mañana. Triana madruga.

Triana es trabajadora, es esencialmente industrial y vivamente activa, contra la falsedad de una leyenda absurda, que desmienten el rumorero de las alfarerías, el martilleo sostenido y agudo de las fraguas, el barullo del puerto.

Triana madruga y, viéndola tan mimada y acariciada por la claridad, tan adornada de colores, tan animada y



bullciosa, no parece sino que amanece sólo para ella, y que ella madruga por anticiparse a escoger, avara, los primeros rayos más puros, los reflejos más limpios y los más fastuosos tonos, engañándose con ellos y ostentando al mundo la celeberrima opulencia de sus luminosos atractivos.

Es dorado el recuerdo que se tiene siempre del barrio de Triana, cuando nuestra memoria la evoca. Es dorado como el de un Narciso rubio y desnudo que se está mirando perpetuamente en los espejos del sevillano río.

Es dorado como las colmenas áureas y laboriosas...

Triana es una bullciosa colmena, donde el incansable trabajo es compensado con la dulzura; porque Triana sabe trabajar y trabajar mucho, con alegría.

Triana cumple su laborioso destino con una alegría muy característica y muy suya. La alegría de Triana es como su luz. Bajo tan luminosos cielos, la vida no puede ser sino alegre, para cantarla en soleares y dorarla de transparentes manzanillas.

En el desbordamiento mirífico de su mediodía se ilumina el barrio con sublimados resplandores y una fuerte fragancia tropical aturde los sentidos. Bajo los oros de ese cielo jocundo quisiéramos ser chicuelos librés y corretear una huerta, al olor incitante de los perales y manzanos; jugar al marro en la plazuela del Patrocinio; bogar en un bote desde el embarcadero hasta el puente; atravesar por el soleado camino de la Cartuja; saturarnos de luz y bullir como insectos ebrios de reflejos y aromas; quisiéramos anegarnos en el esplendor y en la efusión ardientes de este gracioso barrio, joya de Sevilla.

Triana, entre el deslumbramiento igneo de su mediodía, se agita y trabaja. El alfarero artista se afana incansable ante la almágena y el crisol, modelando jarros y tanagras de simple y ancestral estilo; pintando flores, pájaros y cenefas de traza infantil y colorines típicos. Las fórmulas químicas con las que se obtienen los maravillosos barnices las guarda, por tradición familiar, con un celo sagrado, hermético, inviolable.

Triana trabaja, y en sus numerosas herrerías irradian constantes las chispas de Vulcano; tiene el viejo puente un incesante ir y venir de hormiguero; en los malecones del río, pescadores y mareantes lucen al sol sus pechos invencibles de bronce.

Triana trabaja, y es heroísmo su laborioso afán bajo un sol que agobia, bajo ese sol es la alegría de Triana; y sólo de un mediodía trianero puede salir esa cerámica magnífica policromada, que lleva luego a lejanas tierras luces vivas de la claridad insigne de España...

Triana tiene sus largas jornadas de labor y sus tristezas, esas tristezas incurables y dulces que la dejaron para

siempre los árabes; pero Triana tiene también su *genio alegre* y sus días de gala y de loca risa.

Pasan sus morenas mocitas en las adornadas carretas de la procesión del Rocío como en la más espléndida y alegre cabalgata. Guitarras y palillos alborotan las calles. Entre la bullciosa multitud, los pesados bueyes, con penachos de caireles y de madroños, llevan lentamente la suave carga de las *cantaoras* morenas; mozos del barrio de chaquetilla corta montan jacas airosas, y en carretas de plata, la Virgen sonríe, complaciente, con la jovialidad simpática de sus fieles...

En la Semana Santa, Triana rivaliza con la inmortal Sevilla y, entre la animación más pintoresca, entre piropos, saetas, flores y aclamaciones de indecible entusiasmo, sale la trianera más bonita, la popular Virgen de la Esperanza, supremo amor del barrio, bajo el palio tembloroso, que se balancea al compás de los corazones.

Y sale aquel magnífico Cristo de la Expiración, gloria del barrio y de la cristiandad y del arte, aquel verdadero *Dios que muere*, que pasa triunfal por las calles de Sevilla, único y sin competencia, para legítimo orgullo de su barrio.

Triana tiene sus grandes días de gala incomparable.

Y cuando uno de sus humildes hijos siente acariciada su frente por el ansia noble de la riqueza y de la fama y rinde culto tradicional a su brava raza desafiando a la muerte en el viejo y venerable recinto de la Plaza de la Maestranza, Triana entera le saca en hombros, como saca a sus imágenes; Triana entera le aguarda en el viejo puente estremecido y, con un incontentido júbilo de entrañas, conságrale ante el mundo y sabe llorar de alegría, como lloran las madres.

Triana, en sus zambras, en sus cortejos, en sus aficiones y en todas sus cosas, sabe reír con una risa digna de su luz; porque ella puede ser feliz bajo aquel cielo, y aquél es diáfano y es alegre y tiene la complacencia de verse tan alegremente reflejado.

¡Nocturno maravilloso de Triana!

Se han borrado en el Guadalquivir las siluetas de las casas rojas, azules, verdes, de esa incomparable media calle Beñis...

Ya lucen las soñolientas luces sobre el agua; ya ha cesado el trajinar industrial...

Ahora una tranquilidad familiar y un silencio alegre invaden las callejas en sombra.

La historizada cancela y la ventana florida como un altar de mayo se cierran para las intimidades afables del hogar o se abren con la cautela suave...

Silba en la esquina el mocito enamorado, y una cara bonita se asoma entre geranios y albahaca. Esta es la dul-

ce hora de los enamorados. Ahora suspiran las palabras inefables y hablan los suspiros ansiosos...

Ahora es cuando han de decir los emocionados labios la palabra toda el día pensada; ahora, más leve que el silencio, ha de sonar el beso deseado...

Es la inefable escena de la pava, de la que tantas bellas cosas se han dicho



y la que tantas veces ha sido pintada.

Mas no en la literatura y en las panderetas se ha sabido reflejar auténticamente el encanto de una pava andaluza.

Fuera preciso vivir aquella intimidad; haber paseado largamente aquellas solitarias calles, bajo las temblorosas estrellas de esas noches; haber sabido diestramente halagar a una bella trianera y conseguir la dicha de que para nosotros se haya abierto una de aquellas rejas.

Y oír una cariñosa palabra y sentir cómo saben acariciar unos ojos meridionales, y ver, en fin, que esas apasionadas hembras saben vivir para querer y saben morir, poniendo en sus encendidos sentimientos un fatalismo sublime de raza. Parece como que aquella luna hechiza los cariños con una influencia que ciega y que enerva para siempre... ¡Incomparable nocturno de Triana!

El amor pasea sigiloso por las apacibles calles y dulcemente envenena las flores que, como atractivo reclamo, embalsaman las misteriosas celosías. Allí la silueta de una pareja se fun-

de como arrebuja en la noche...

Más allá, una voz fresca ríe. Otra voz canta una *bulería* con notas como lágrimas...

En los cuartos de los colmados y tabernas, unos trabajadores curtidos, ruidos, golpean las mesas con los vasos donde se escancia el vino meridional que quita las penas...

Triana ama y canta bajo sus plateadas estrellas.

Y así vive, en sus mañanas mágicas, en sus días áureos y activos, en sus noches vernaes.

Así vive, y es feliz, y es alegre, porque es trabajadora y es bella.

José BRUNO

Dibujos de OCHOA.

LAS CIUDADES INACABABLES

¿Cuándo estará acabado el mundo? He aquí un problema para someterlo a discusión en una de esas academias seriotas y en las que, seguramente, no se discuten temas de tanta importancia.

El mundo, es decir, el continente, claro está que si se terminó hace tiempo, y la prueba es que, apenas le pusieron papeles, como señal de que ya podía ser habitado, vinieron a ocuparlo Adán y Eva y, aunque le encontraron un poco grande para ellos, se quedaron contentos y pensando en la mejor manera de amueblarle, sin tener ningún pero que oponer ni notar que faltase nada. Claro, en aquella época no se habían inventado aún los ascensores ni el ferrocarril, y el respetable matrimonio no podía echar de menos lo que no conocía. El mundo, pues, está terminado. Lo que no lo está ni lo estará en mucho tiempo son las poblaciones que luego se han ido construyendo o medio construyendo en él.

Váyase a cualquiera ciudad y siempre está reservada la sorpresa de que falta mucho que hacer en ella aun. La fantasía de los hombres no tiene límite, y la de los encargados de fomentar las obras públicas, menos. Hay quien llega al cargo de concejal, por ejemplo, y lo primero que comienza a tejer en la imaginación es un completo plan de reformas, tan radical, que los vecinos concluyen por no saber ni dónde viven.

En Madrid se ha desatado, de una manera horrible, esa manía, y ya dentro de poco no sabremos si seguimos viviendo en el mismo pueblo de siempre o nos hemos trasladado, por arte de encantamiento, a otra localidad que jamás vimos.

—¡Hombre, bonita casa la de la esquina! —Sí, ¿eh? Pues contéplela a su gusto ahora, porque pasado mañana ya no existirá. Ha pasado por aquí uno de esos renovadores, y antes de que tenga usted necesidad de cortarse el pelo, sólo verá usted aquí el solar.

Ocurriré frecuentes veces que estas amputaciones nos producen profundas tristezas, y el llanto acude a nuestros ojos sin que podamos remediarlo.

—Mira, ya no existe la casa donde tú vivías cuando yo te hice el amor. ¡Yo que pensaba haberla puesto una lápida, diciendo: «Aquí cazaron a Fulano»!

—¡Qué casa tan simpática! —Simpatiquísima. Aun me parece estar viendo el balcón por el que se asomó tu madre, y después de sacar la lengua, hizo ademán de tirarme un tiesto. ¡Figúrate si lo hace!

—Me acuerdo. Un geranio doble. —Pues, ya ves; doble chichón.

—¡Qué buena era la pobre! —Excelente; pero no podía tener ningún objeto a mano cuando se enfadaba.

No hay modo de tener la seguridad en la vivienda ni en los sitios. El plan reformador lo abarca todo, lo coge todo y nos trastorna más que si nos diesen la noticia de que iban a reunirse en junta de acreedores todos nuestros ingleses.

Apenas hemos acabado de esterar, de poner burlate y de instalar una calefacción decentita, programa realizado Dios sabe a costa de cuántos sacrificios, ¡zas!, recibimos una visita fatal.

—Pues vengo de parte del amo a decirles que la casa esta se derriba dentro de ocho días.

—¡Cebollas! —No, no es cosa de estofado, sino de ir aquí va a construirse un gran frontón.

—Hombre, ¿y no habrá en todo Madrid otro sitio donde jugar a la pelota? —Es que pasó por aquí un señor de grandes iniciativas...

—Y tuvo la de fastidiarme a mí. ¡Ya

podía habersele ocurrido ir a colonizar el centro del Sahara u otra idea por el estilo!

—Es que le ha parecido notar en los vecinos de este barrio cierto aire de tristeza, y ha dicho: ¡Qué bien les sentaría aquí un frontoncito!

—Justo; y a él un golondrino debajo de cada brazo.

Y ya se nos acabó la alegría, y la vista del burlate nos emociona más que el diploma universitario que tenemos colgado en el despacho. ¿Para esto nos hemos gastado el dinero y hemos pasado tres días tirados por los suelos y dándonos martillazos en los dedos? Pero no hay otro remedio; la piqueta se encarga de echar las paredes abajo, pareciéndonos que aquellos golpes los dan en nuestro propio corazón, y la poderosa iniciativa de los reformadores nos aleja de lo que creíamos tener como domicilio perpetuo.

¡Cuántas veces vamos en busca de un amigo y nos encontramos con que no existe ni la casa que le albergaba, y para encontrarle tenemos que dedicarnos a recorrer Madrid! Ustedes habrán no-

tado cuánta gente hay parada actualmente en las esquinas, ¿verdad? Pues son ciudadanos que esperan el paso de algún amigo a quien tienen precisión de ver y cuyo domicilio ignoran por haber sido derruido el anterior.

—¡Ah!, picarán; de conquista, ¿eh? —No me hable usted. Llevo aquí cuatro horas esperando a ver si pasa mi dentista, porque tengo un dolor de muelas tal que no puedo dormir hace cuatro noches, como si me estuvieran leyendo versos modernistas. ¡No sé dónde vive! ¡Ay!

El pobre hombre aquel, víctima de las reformas de la población, apoya la cara contra un farol para ver si el fresco del hierro le calma algo.

¡Qué triste sino el de los habitantes de este planeta! Nos hemos adelantado, por lo visto, en una porción de años en venir a él, por no estar éste terminado.

Y que falta todavía mucho es innegable. ¡Basta con ver la calle de Alcalá para comprender que ni nuestros nietos podrán vivir tranquilos y descansados en este Madrid de nuestros pecados y de los pecados reformadores de tanto ingenio que cuando no tiene nada que hacer se dedica a echar abajo casas y más casas y abrir zanjas y más zanjas en las calles!

A. R. BONNAT

LOS VIEJOS MARINOS

Don Manuel Taboada, el Sr. Cao y don Antonio el Contramaestre son viejos marinos. Uno de ellos había mandado un barco de vela de cinco palos que traía petróleo de Pensilvania; otro navegó en un bergantín que hacía cabotaje en el Noroeste de España, escuela de marinos. Del Sr. Cao, mi padre me decía que había naufragado tres veces.

El pueblo en que viven es una continuación de la vida a bordo. El mar azota terriblemente la única calle de este rincón mísero; los soportales de esta calle, con obstáculos de remos, rollos de cuerda y cestas de pescado, la hacen parecer la boquilla de un barco en ruta, y las colchas multicolores que se echan en los balcones en día de procesión recuerdan los alegres gallardetes y banderolas que festejan un día señalado en la patria cuando se fondea allá en los puertos remotos y extraños. Un olor salobre lo invade todo, y las gaviotas vuelan en giros incesantes encima del pueblecillo, como si fuera navío recién anclado.

Los tres marinos nacieron aquí. En este muelle de piedras desunidas y gastadas embarcaron por primera vez, pantorrillas al aire y greñas al viento, y en este muelle pusieron, de retorno, el pie temblón e inseguro ya. Ya no tendrían por tumba al mar ni su cuerpo sería señalado por la cruz de las blancas alas de una gaviota hambrienta; tendrían cruz de leño en la tierra.

El pueblo amaba a estos hombres. En la ribera, cuando las pequeñas embarcaciones en construcción enseñaban aún su esqueleto de animales fantásticos, a los tres viejos se les consultaba si la seguridad era la debida, si la velocidad era la deseada; en las tabernas, ante las fuentes de pescada y las tasas de vino de Cambados, los nombres de los tres marinos se citaban de continuo como de héroes de terribles hechos de mar, y los rapaces sucios y desgreñados querían ser como el Sr. Cao, que poseía una hermosa pipa y un lorito que decía blasfemias.

Los días en que el mar tenía el color plomo del cielo, y las olas barrían el viejo muelle, y la lluvia caía incesante y torrencial, y se oía el grito angustioso

de las sirenas de los barcos de pesca perdidos en la niebla, y los chillidos de las gaviotas huyendo del temporal, todo el vecindario bajaba a los soportales buscando esperanza y guía en los viejos marinos. Era un griterío ensordecedor, que se aumentaba al ruido de un trueno, a un chocar violento del mar.

—¿Volverán as barcas, señor Cao? —Virará a Nordeste o tempo, don Antoniño?

—¿Qué será de todos nos, señor Taboada?

Ellos tranquilizaban a las mujeres llorosas y de ojos espantados, a los viejos temblones de piel burilada de arrugas, a las mozas de cara de manzana.

—Calmadevos, calade. —Ti tenderas home, e ti pai, e ti fillo, e ti mozo.

—Calmadevos e rezade.

Se oía el inmenso coral del mar rompiendo en los bajos de Currubedo lejanos, y las buenas mujeres, los fuertes mozos de trajes embreados y sudoestes, de rodillas, en corro, con las manos juntas y los ojos en el cielo plomizo, entonaban cantos a la Virgen Blanca...

Cotidianamente, cuando el sol hacía de plata la mar y ponía oro en los maízales y esmeralda en los prados y dicha en el alma, los viejos marinos subían a un pinar y, rostro al mar bello, en diálogo mudo y emocionante, dejaban que el sol hiciera de sangre el horizonte.

Los brazos musculosos, rivales de los remos flexibles; las piernas hermanas en fortaleza a mástiles de vela, el pecho saliente y fuerte, las manos que aprensaban como garras, todo vigor, toda savia de vida había quedado allí, en aquel mar, bajo este cielo que empezaba a teñirse de púrpura. El mar, que había jugado horriblemente con sus vidas, que los había aterrado hasta encanecer en

una hora, que puso en sus corazones unos puntos suspensivos de muerte, les decía ahora, amorosa y rendida, su historia de encanto y de placer, de delicia y de amor. Allí estaban arrobados, absortos, decrépitos y arruinados, la cabeza sobre la mano temblona, lagrimeantes los ojos viejos, ensimismados ante su mar de plata, de oro y de fuego...

Venía la noche. Las barcas de pesca, a la vela, regresaban al puerto, inclinadas por el viento, como queriendo adormecerse dulcemente en el mar. Estaban todas. Los viejos regresaban al pueblo, sabiendo salvo a su rebaño, libre de aquel lobo nordeste que mata a los hombres.

Una bandada de masaricos semejava en el cielo una bandera que se despliega gloriosa; las luces de los barcos se encendían y fingía un cirio luminoso su reflejo en el agua; se oía una campana de barco recién anclado. Aun se veía la espuma del mar rompiendo en la boca del puerto, y era como un pañuelo blanco que decía adiós eternamente.

Adolfo TEMES

LECTURAS

Llega a nuestras manos un grueso volumen titulado «Susarón», en el que su autor, D. José María Goy, con estilo sobrio, con castiza llaneza a la manera de Pereda, describe tipos, paisajes y costumbres de la montaña leonesa, sobre el fondo de una sencilla trama novelesca, interesante a pesar de los temores que el autor expone en el prólogo, creyendo haber escrito una obra floja, por ser todas las mujeres que por ella desfilan *virtudes completas*, ya que, según don Juan Valera, «de una virtud completa no se puede sacar acción que interese ni que tenga algo dramático».

«Susarón» no es una novela de complicaciones psicológicas ni de morbosas curiosidades; tiene el encanto de recordar ideas muy sanas, de descubrir bellezas para muchos ignoradas y de pintar con vigorosos tonos y firmes rasgos caracteres y paisajes de una de las regiones más típicas de España.

El joven escritor D. Juan Bergua, bien conocido de los lectores de EL IMPARCIAL por su novela «Mackena», premiada en nuestro concurso de «folletines folletinescos», ha publicado otro tomo de aventuras del audaz ladrón.

Todos los episodios son interesantísimos, y el mejor elogio que de ellos podemos hacer es decir que son semejantes a los insertados en nuestros folletines.

Don José Subirá, autor de varios libros sobre «Los españoles en la guerra de 1914-1918», acaba de publicar otro de esta misma serie con el título «Ante la vida y la muerte».

Acaba de ponerse a la venta «El patio de los naranjos», novela original de don Guillermo Hernández Mir y premiada en el concurso abierto por la Casa Editorial Pueyo.

Aparte del interés novelesco, tiene «El patio de los naranjos» el encanto de describir muy pintorescamente rincones y tipos de Sevilla.

GRAFICO HISPANO
FOTOGRAFADO
ART# GALILEO 34 TELEFONO J. 859

CASA RUIZ

PELETERÍA FOURRURES

Presenta espléndida colección de modelos en peletería fina.



ABRIGOS.- Nutria, Petit-gris, Kolinsky, Topo y Visón del Canadá.

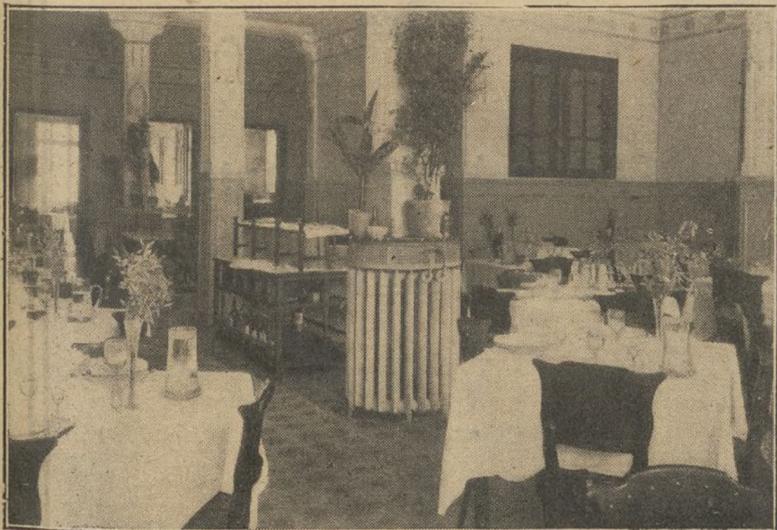
RENARDS.- Argenté, Croisé, Bleu, Cendré, Alaska y otros.

CHALES.- Chinchilla, Armiño, Marta, Skunghs, Petit-zivelina, etc.

POSTAS, 2

MAYOR, 7 Y 9

MADRID



Vista parcial del comedor del Hotel de París.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y *confort*, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de b. ño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería fina.

OVIEDO

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

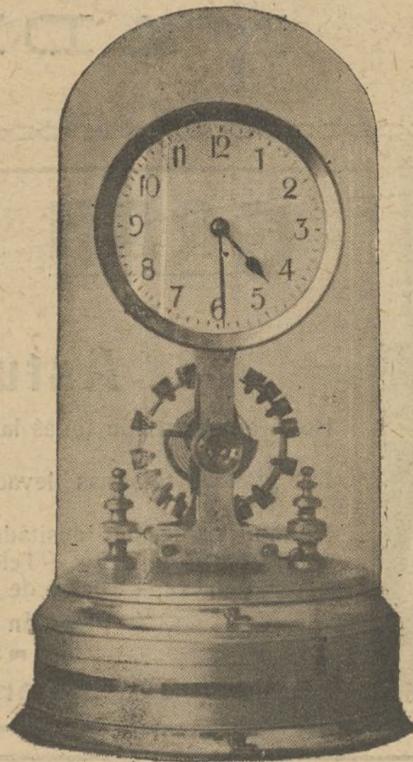
BÓVEDA (LUGO)

FÁBRICA DE RELOJES
DE
CARLOS COPPEL

27, FUENCARRAL, 27. - MADRID

NOVEDAD

RELOJ PARA MIL DIAS CUERDA



**Ultimo invento
de la relojería moderna.**

**Certificado de garantía
con cada reloj.**

**Reloj de sobremesa con cuerda para mil días, fanal
de cristal y pie de metal dorado, 350 pesetas.**

CATALOGOS GRATIS

REMESAS A PROVINCIAS